

CENTROAMERICANA

17

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2009



CENTROAMERICANA

Direttore: Dante Liano

Segreteria: Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

© 2009 EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.72342235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-715-2
ISSN: 2035-1496

UNA BÚSQUEDA DE QUÉ

Los talleres de escritura en Guatemala

ARTURO MONTERROSO

Escribir es una actividad apasionante. Como cualquier cosa que a uno le despierte los sentidos, que trascienda el deber, que lo haga partícipe del juego. Pero no es fácil. La escritura es una máquina compleja; un dominio desconocido. Sus entrañas, su íntima armazón y sus vasos comunicantes son esclusas cerradas hasta que uno averigua los códigos que, de todas maneras, nunca son definitivos; esas claves que develan sus secretos, uno a uno, sólo después de largas horas de trabajo. El aprendizaje no termina nunca. Dura la vida entera. Y una cosa es averiguar cómo se hace y otra, muy distante, lograr construir esa casa en el aire que es la narrativa de ficción; contar una historia, decir algo coherente, interesar al lector. Porque escribir es domeñar las palabras, desbrozar los significados, encontrar un orden en el caos; escarbar bajo la piel de las ideas y las emociones; meterse entre el follaje de sonidos, imágenes y metáforas para descubrir un mundo hasta ese momento ignorado. Y todo eso mientras uno evade el peligro del desaliento, la ansiedad, la falta de imaginación, el mimetismo inconsciente, los recursos trillados, las frases repetidas hasta el cansancio, la necedad, la pérdida del instinto, las calles sin salida. No basta el conocimiento del lenguaje, aunque es una herramienta indispensable; saber algunos trucos de sintaxis y no olvidar dónde van las tildes y de qué manera una coma cambia los significados. Hay que dedicar mucho tiempo a la lectura; a caminar entre frases y oraciones como si fueran ciudades sitiadas, campos florecidos de ruidos o cuerpos devastados por una guerra íntima. Sirve, a veces, averiguar cómo los escritores se las han arreglado para llegar a su destino; también darle una mirada a los libros que explican la teoría de la escritura. Uno enciende la computadora y escribe la primera palabra en el papel imaginario de la pantalla, vacía como un mar sin agua en la madrugada, y

está solo. Es un momento de zozobra, alegría e inquietud, porque ésta es una aventura que se emprende en solitario.

Empecé a escribir cuando tenía unos 11 años. Era una actividad balbuceante, secreta y audaz que me sacaba de la vulgaridad de un mundo que todo lo tenía previsto; el colegio, los profesores, las tareas, la hostilidad de los adultos, la calle, los compañeros, las muchachas en el paisaje distante, la casa familiar con su violencia solapada, eso. Inventaba un mundo a fuerza de palabras para evadirme del otro, donde sucedía la vida. Y en el que me sentía perdido. Como si hubiera entrado a un lugar donde no había sido invitado. Ignoraba en ese entonces que la literatura puede ser un salto entre un universo y otro. Acaso un puente. Pero en ese tiempo pensaba que era un salto más que un puente, porque siempre había un instante en el que quedaba en el aire. Era un instante de aturdimiento e inseguridad. Había aprendido a leer, había abierto una puerta que conducía a todo lo inesperado. Ese era el descubrimiento. Y quería contar mis propias historias.

Venía de lecturas fascinantes: *Sandokán*, *El escarabajo de oro*, *El mensajero del zar*. No, eso fue después. En ese momento venía de los chistes (historietas, o cómics como se llaman ahora): de *Turok, el guerrero de piedra*, de *El llanero solitario* y de *La pequeña Lulú* cuyo personaje, Tobi (no el oscuro héroe *manga* de *Naruto*, creado por Kishimoto, sino el de Marjorie Henderson y John Stanley de los años 30 y 40 del siglo XX) y su club de muchachos misóginos, me parecían simpáticos e ingeniosos. Bueno, decir que Tobi y sus amigos eran misóginos porque no admitían mujeres en su club es quizá exagerado. No dejaba, sin embargo, de traslucir las tendencias machistas de la época. Los chistes, que siempre fueron material clandestino en el colegio y en la casa, me enseñaron que uno podía contar una historia de manera simple. Y divertirse. En un cómic leí por primera vez un cuento de Isaac Asimov. Me enteré mucho después de quién era el autor y eso me llevó a buscar la saga de *La fundación*. No obstante, luego abandoné mi gusto por la ciencia ficción en favor de historias que reflejaban la realidad: Dostoyevski, Dos Passos, Cortázar. Pensaba en ese tiempo que escribir era algo intuitivo, que el escritor debía tener una especie de don; una disposición natural que se complementaba con el numen que guiaba su mano. No sabía que la inspiración no es más que el

principio de la tarea, escabrosa la mayoría de las veces, y que uno podía entrenarse como alguien que se prepara para un triatlón.

El trabajo es inevitable. De manera que la falta de tiempo es el tropiezo de muchas personas que quieren escribir. Porque más que el arrebatado creativo cuentan las horas de ardua escritura, el tiempo dedicado a la corrección y a la tarea de reescribir, así como la honestidad para desechar con el impulso de una tecla lo que no funciona. También cuentan el desarrollo de una capacidad crítica y la disciplina. Conozco a un muchacho talentoso que quería saber qué necesitaba para escribir una novela. Le pregunté cuántas horas diarias podía dedicarle a la escritura. Me respondió que ninguna, que estaba muy ocupado. Quizá podía armar su historia en los fines de semana, cuando no atendía otros asuntos; a veces le quedaba un rato libre. Le dije que olvidara la novela. Ya era un músico brillante, obligado por su padre a regentear un negocio de artículos para baño. Pareció decepcionado. Le expliqué que escribir es como adquirir el dominio de un instrumento, algo que él podía comprender perfectamente. Requiere de tiempo, trabajo y disciplina. Esto me recuerda a dos mujeres que no están relacionadas con la literatura: Anna Netrebko y Sandra Naujoks. Anna Netrebko, la hermosa soprano rusa, dijo en una entrevista de 2006 que para interpretar a Leonor de Castilla, en *El Trovador*, de Verdi, necesitaba 10 años; diez años de trabajo en los que esperaba no perder el buen humor. Y Sandra Naujoks, la alemana ganadora del Tour Europeo de Póquer de 2009, quien logró el título, según sus palabras, a partir de disciplina, disciplina y disciplina.

Sí, uno puede entrenarse para escribir como si se preparara para nadar 1,500 metros, correr a pie 10 kilómetros y cuatro veces esa distancia en bicicleta. Sobre todo si se tiene en mente una novela. Y no estoy diciendo que escribir un cuento sea más fácil. Por mucha disposición que se tenga no lo logrará sin entrenamiento y disciplina. Es como aprender a tocar la guitarra, el piano o el violonchelo. El talento, aunque es muy importante, no basta. Sólo es posible producir una melodía aceptable después de algunos años de lecciones, dedicación y práctica. Escribir requiere del mismo esfuerzo. Esto justifica que uno deba dedicar largas horas a leer libros bien escritos, a escribir con pasión y a corregir los textos cuantas veces sea necesario. Y, aunque se trata de un

trabajo solitario, los talleres de escritura pueden ayudar a conseguir ese objetivo, sobre todo cuando uno se inicia en la aventura.

Cuando tenía 20 años y pensaba que alguna vez podría dedicarme a inventar historias, y a escribirlas – quizá hasta publicarlas –, me hubiera sido provechoso asistir a un taller para aprender los rudimentos del oficio y descubrir las claves de la ficción. Pero ignoraba su existencia. Luego estudié literatura pero eso no era más que teoría y referencias. Uno podría ser licenciado en letras y no desarrollar jamás la habilidad para escribir un relato. Además, en Guatemala no hubo talleres de escritura sino hasta la década de los setenta del siglo pasado. Acaso desde finales de los sesenta. Y siempre como una actividad aislada sin relación con las universidades. Las carreras relacionadas con la literatura obviaban el ejercicio de escribir, como no fueran los trabajos académicos. Las facultades de letras no insistían en el dominio del lenguaje para redactar con propiedad ni en la escritura creativa como entrenamiento para futuros escritores. Y el dominio de ambas disciplinas es fundamental si el estudiante quiere convertir sus intentos de contar una historia en literatura. Me gusta la diferenciación que hace Sergio Pitol al respecto¹. Dice que la redacción tiende a la claridad, que está sujeta a reglas fijas, pero que la escritura no debe seguir ninguna regla, excepto las de ortografía (y las de sintaxis, podría uno agregar), y que se alimenta de la parte irracional del individuo. “Un texto literario – afirma Pitol – no puede no estar bien redactado, pero además debe tener una gran pasión interna. La redacción es siempre visible, la escritura tiene varias capas, tiene un subsuelo... La redacción apunta al orden y la escritura a la locura”.

Así que ahora que coordino talleres tengo la certeza de participar en un proceso de descubrimiento y creación que llena un vacío. Un proceso que va más allá del mero conocimiento sobre obras y autores; épocas y movimientos literarios. Es más, muchas veces obviamos ese conocimiento (que cada quien deberá adquirir en la universidad o de forma autodidacta) para utilizar el tiempo disponible en la escritura, la lectura y el análisis de los trabajos de los

¹ Esto lo dice Pitol en una entrevista publicada en la *Bitblioteca*: M. SOCORRO, “Sergio Pitol. Una cosa es redactar y otra, muy distinta, escribir”, *Biblioteca electrónica*, Caracas, 15.08.2000 en <http://www.analitica.com/bitiblio/msocorro/pitol.asp>. Consultado: 27.09.2009.

participantes. Ha sido una práctica satisfactoria porque uno aprende al tiempo de facilitar el aprendizaje de los demás. Al principio cualquiera que se dedique a esto puede partir de su propia experiencia en talleres similares, de su ejercicio como escritor y de referencias teóricas en libros y manuales. Pero luego irá desarrollando un método propio, en la búsqueda de mejores resultados y según las necesidades de cada grupo. A lo largo de los años he descubierto que la práctica sola de escribir, leer y corregir los relatos de los participantes es insuficiente. Dadas las deficiencias de la educación en Guatemala, la ausencia de lecturas consistentes y la diversidad de ocupaciones de los futuros escritores, hay que trabajar al menos en tres áreas: una parte teórica, que incluya algunos elementos de teoría literaria y técnicas de la narración; el análisis de los cuentos y novelas que leen los participantes, y la lectura crítica de sus trabajos.

La mayoría de las personas que se inscriben en un taller de escritura intuyen que deberán aprender de la experiencia de otros escritores. También que es importante conocer algunos principios que funcionan y que su progreso dependerá de cuánto trabajo, tiempo y esfuerzo dedican a la escritura. Pronto se dan cuenta de que no hay fórmulas, recetas ni atajos, y que el recorrido es, con frecuencia, largo, y diferente para todos. Unos, más que otros, desarrollan una necesidad de aprender y una disciplina de trabajo que siempre concluye con mejoras sustanciosas. Sus primeros relatos, redactados con mano insegura – inconsistentes y erráticos –, se convierten en historias bien escritas, llenas de significado, que trascienden la mera anécdota y que se encaminan a una manera propia de expresión. Quienes sienten esa necesidad de aprender tienen posibilidades de llegar lejos. Es la misma necesidad de estudiar para ser escritor que sentía Raymond Carver cuando, en 1958, se inscribió en el taller de escritura creativa de John Gardner². Y algunos sienten también ese deseo irrefrenable de seguir escribiendo, más allá del taller, a pesar de que el sentido común y la cruda realidad, como apunta Carver, les aconsejan – como a él – una y otra vez que desistan, que dejen de soñar, que sigan adelante discretamente y se dediquen a otra cosa.

² Como cuenta el propio Carver en el prólogo de *Para ser novelista*, de John Gardner. J. GARDNER, *Para ser novelista*, Ultramar, Barcelona 1990.

Si Carver no veía para sí mismo un futuro brillante como escritor (tampoco Gardner había publicado un solo libro en ese tiempo), imagínese cómo se ve alguien que quiere ser escritor en Guatemala. En este país la gente no lee. La frase, repetida hasta el cansancio, es una buena excusa, un tópico y una especie de estigma. Pero no es del todo exacta. Durante mi experiencia en los talleres he descubierto a muchos lectores: estudiantes de secundaria, universitarios, amas de casa, ingenieros, médicos y gente de negocios; abogados, antropólogos y activistas de izquierda y de derecha; biólogos, cineastas, deportistas, reporteros y publicistas; muy pocos desocupados, quizá uno o dos estudiantes de letras, psicólogos, articulistas, músicos y pintores. Hay de todo: el adolescente que reclama con un gesto de asco por qué utilizamos para un ejercicio un cuento de Stephen King (*Hay tigres*); la periodista que me espera al final del taller para hablarme de la obra de Stefan Zweig (*Veinticuatro horas en la vida de una mujer*); el muchacho que descubre la carta que Cortázar le envió a Vargas Llosa en relación a *La casa verde*, y que la lee para todos a la hora del café; la señora que llega el primer día a contarme alegremente que es una fanática de Paulo Coelho; el hombre que sólo ha leído libros de motivación pero que pregunta qué pienso sobre la obra de Gómez Carrillo; la profesional que me trae un libro de cuentos de Roald Dahl, a quien yo jamás había leído; la poeta que escribe un verso de William Blake al final de un mensaje. Hay gente que lee influida por sus padres o sus abuelos, que creció al amparo de una biblioteca en casa. Hay quienes tuvieron un maestro extraordinario que los empujó para que se tropezaran con los libros. Y personas que descubrieron la literatura en el camino, a veces buscando información o la respuesta de alguna cosa. Algunos se encontraron leyendo algo de Asturias, García Márquez o Borges mientras esperaban que el empleado de la librería les encontrara ese libro técnico que buscaban. O porque se confundieron de anaquel: querían un libro que “les dejara algo, una enseñanza, una receta para la vida”, y se tropezaron con una trampa: con la aventura, un lenguaje rico y una historia que los atrapó de inmediato. Como Juan José Arreola, estoy convencido de que la creación debe fundamentarse en la lectura.

Esos lectores a quienes me refiero en el párrafo anterior son casi todos de clase media, un segmento social cada vez más ambiguo pero que sirve de

referencia. Hay, sin duda, un número apabullante de personas que no tienen acceso a los libros. Es la gente que tampoco puede acceder a una educación de calidad, a un empleo digno, a la salud y, a veces, ni siquiera a la comida. De manera que todavía hay mucho qué hacer para acercar los libros a la mayoría de la población. Además, en este país los libros pagan impuestos. Quizá por eso puede uno repetir que en Guatemala la gente no lee. Y preguntarse para qué quiere alguien ser escritor. Sobre todo en estos tiempos de elogio del mercado y de un utilitarismo idiota en el que, cada vez más, el conocimiento que no sirve para producir alguna cosa lucrativa no tiene lugar en la sociedad. En línea con este pensamiento es preocupante ver cómo las carreras relacionadas con las humanidades se van debilitando. Los estudiantes de letras pueden contarse con los dedos de las manos. Así que es sorprendente que haya tantas personas (este es un concepto relativo) interesadas en acudir a los talleres de escritura creativa. De acontecimientos ocasionales y casi extraordinarios, los talleres se han convertido en una actividad permanente a lo largo del año. Más aún: muchos de los participantes de un primer taller, continúan en talleres posteriores con el objetivo de afinar algunos conocimientos mientras esbozan un proyecto personal: un libro de cuentos, una novela, un anecdotario. Muy pocos tienen la ansiedad de publicar sus trabajos inmediatamente aunque ese sea un objetivo a largo plazo. La mayoría quiere aprender a escribir bien; contar algo que atrape al lector, sacarse una espina de entre los dedos, airear una idea obsesiva, decir eso que han mantenido callado por mucho tiempo.

Uno de los pioneros de los talleres de escritura en Guatemala fue el poeta, narrador y ensayista Marco Antonio Flores, Premio Nacional de Literatura 2006 y autor de *Los compañeros*, *En el filo* y *Persistencia de la memoria*, entre otros libros. Dice el escritor Luis Aceituno que seguramente Flores recibió la influencia de los talleres legendarios que coordinaba Juan José Arreola, en México³. De los talleres de Arreola proceden escritores como José Agustín,

³ Esto lo dijo Aceituno en una entrevista que le hice el 11 de septiembre de 2009. La entrevista no fue publicada como tal y tuvo como propósito recoger su opinión sobre los talleres de escritura. Luis Aceituno es escritor, periodista y crítico guatemalteco. Actualmente dirige la Sección Cultural del diario *elPeriódico* de Guatemala y es director del Suplemento Cultural del

René Avilés y Gustavo Sainz, de la llamada “literatura de la onda”; irreverentes, contestatarios y alejados de la solemnidad pero que, según Mempo Giardinelli, escriben con rigor literario⁴. De acuerdo con Francisca Noguerol⁵, Profesora Titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca, Arreola fue el maestro de toda una generación: Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Fernando del Paso, Sergio Pitol, Inés Arredondo, Eraclio Zepeda, Beatriz Espejo, Eduardo Lizalde... Los talleres proliferaron en México en los años setenta. De manera que para muchos escritores (Carlos Montemayor y Augusto Monterroso, entre los más destacados) no sólo fue una forma de sobrevivir sino de facilitarles el camino a muchos jóvenes que empezaban a escribir en ese tiempo. Así que Flores, quien vivió muchos años exiliado en México, tenía un conocimiento sólido y, sin duda, la gana de trasladar esa experiencia a Guatemala. De esos primeros talleres surgieron escritores como Luis Eduardo Rivera y Enrique Noriega. Con el recrudecimiento de la guerra en Guatemala, en los años ochenta, los talleres desaparecieron, y la actividad no resurgió sino hasta una década después.

Flores y Noriega han coordinado numerosos talleres de narrativa y poesía, y contribuyeron en gran medida a que esa actividad haya dejado de ser un fenómeno extraño en el país. Flores tuvo el soporte de la Editorial Oscar De León Palacios y de organizaciones como Helvetas e Hivos. Luis Aceituno, quien había participado en un diplomado de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), introdujo el concepto del taller en algunas de las clases que impartía en las universidades de Guatemala. El diplomado, que consistía en una residencia de cuatro meses en Chetumal, funcionaba como un taller y era coordinado por escritores de la talla de Emmanuel Carballo, Carlos Illescas, Eraclio Zepeda, Oscar Oliva, Eduardo Casar y Rodolfo Usigli. Aceituno, quien actualmente coordina un taller de cine en el Centro Cultural

Diario de Centro América; ha sido catedrático en varias universidades y coordina el Taller de cine del Centro Cultural de España en Guatemala.

⁴ M. GIARDINELLI, “Reflexiones sobre la literatura de la onda”, publicado en la Sección Cultural del periódico *Excelsior*, 6 de julio de 1986.

⁵ F. NOGUEROL, “Literatura en estado de gracia: Juan José Arreola”, Centro Virtual Cervantes, en <http://cvc.cervantes.es/ACTCULT/arreola/acerca/noguerol.htm>.

de España, en Guatemala, se dio cuenta de que la práctica de la escritura era indispensable para formar a futuros escritores. De sus talleres de la Universidad Rafael Landívar surgieron autores como Maurice Echeverría, Julio Hernández y Estuardo Prado.

“Los talleres – dice Aceituno –, deberían institucionalizarse en las universidades. Hay una necesidad de discusión que no esté determinada por el poder. La gente que quiere escribir se enfrenta a una especie de aberración dentro de su propio círculo y siente la necesidad de estar acompañada, de comprensión. ¿Es la escritura una necesidad en nuestras vidas? Sí. A pesar de todo. Por muy oculta que se encuentre, por muy amenazada que esté. Hay una necesidad de trascendencia. Quizá eso explica los narcocorridos. También la parte social es importante porque responde a una necesidad de encuentro en una sociedad individualista. El taller de cine, por ejemplo, ha generado un grupo heterogéneo de discusión muy interesante porque no hay egos. Nadie quiere ser cineasta, productor o director...”⁶.

Escribí en un párrafo anterior que los talleres de escritura se han convertido en una actividad permanente. Ha sido algo inesperado. Escritores como Gloria Hernández, Raúl de la Horra, Eduardo Halfon, Mario Roberto Morales y Marco Antonio Flores, entre otros, coordinan talleres de forma intermitente. A partir de un proyecto organizado por la Embajada de México en Guatemala, de la Horra, el poeta Francisco Morales Santos y el escritor Javier Payeras coordinaron talleres de narrativa, poesía y ensayo respectivamente. Esto fue hace unos cinco años y del proyecto sobrevive el taller de narrativa, que funciona en términos anuales. Como sucede con algunas actividades en Guatemala – incluso en las universidades – al principio de cada taller aparece un buen número de entusiastas que se inscriben para aprender a escribir. Luego la cantidad se reduce bruscamente. Muchas personas llegan al taller de escritura sin tener una idea clara de qué se trata. A veces tienen la impresión errónea de que escribir es fácil. Otros no tienen la disciplina para trabajar con empeño, corregir sus textos cuantas veces sea necesario y seguir adelante. Algunos vienen por razones ajenas a la literatura y descubren que, después de todo, quieren aprender a expresarse por medio de las palabras. Siempre hay

⁶ Comentarios de la citada entrevista a Luis Aceituno.

quienes no resisten la crítica a sus trabajos. Se sienten devastados cuando escuchan los problemas que tienen sus relatos y a veces abandonan el taller. “Somos llamarada de tuza – dice de la Horra –. La noción de esfuerzo y trabajo no pertenece a nuestros valores. La gente no tiene la menor idea de qué es escribir”⁷.

Según de la Horra “las personas que vienen a los talleres pueden clasificarse de la siguiente manera: los *Realistas Clásicos*, los *Lúdicos*, los *Ambiciosos Narcisos* y los *Ingenuos Mágicos*. Los primeros y los segundos, que son la minoría, han tenido contacto con la literatura, son buenos lectores y valoran el conocimiento. Para ellos el taller es una mezcla de placer, disciplina y trabajo, aunque no necesariamente todos quieren ser escritores. Quienes se toman en serio esa posibilidad son los *Lúdicos*. Esas personas que han descubierto el juego del lenguaje. Los *Ambiciosos Narcisos* buscan la gloria, la fama, el dinero. Creen que tienen talento aunque carezcan de él. Y esperan ganar un premio. Los *Ingenuos Mágicos* piensan que luego de participar en un taller serán escritores. Los *Ambiciosos Narcisos* y los *Ingenuos Mágicos* son quienes tiran pronto la toalla. Están marcados por la posmodernidad: todo ya y todo fácil”⁸.

En el taller de escritura de la Embajada de México, de la Horra sigue un método que comienza con una conversación sobre los hechos relevantes de la semana. Esto le permite mantener un vínculo con la realidad. Luego desarrolla una parte teórica a partir de la obra de un autor (Miller, Pessoa, Giardinelli) o de libros que contribuyen al conocimiento de la técnica de la escritura (*Gramática de la fantasía*, *Por favor sea breve*, *La escritura como búsqueda*). También lee un cuento o un fragmento de una novela (los participantes no tienen tiempo de leer por su cuenta), señalando algunos aspectos puntuales, cómo expresar emociones, por ejemplo. El objetivo es que aprendan a leer. Por último dedica su mayor esfuerzo a la lectura y al análisis de los trabajos de los participantes, quienes están obligados a escribir un cuento semanal. El cuento

⁷ Esta afirmación corresponde a una entrevista que le hice a Raúl de la Horra el 8 de septiembre de 2009, cuyo propósito fue conocer su experiencia como coordinador de talleres de escritura. La entrevista no fue publicada en ningún medio. Raúl de la Horra es escritor, psicólogo y columnista del diario *elPeriódico* de Guatemala. Fue ganador del premio Monteforte Toledo de novela (1995) con su obra *Se acabó la fiesta*.

⁸ *Ibidem*.

parte siempre de una imagen, una frase, un acontecimiento... Después viene la discusión donde subraya las virtudes y señala los problemas. Los participantes deben mejorar su capacidad de escritura, su oído, su sensibilidad. “Los talleres – dice de la Horra – les ayudan a expandir su conciencia y a desarrollar su personalidad y sus capacidades expresivas, aunque sólo hayan llegado al taller para hacer vida social o por terapia personal. A veces descubren una voz literaria interesante; otras, una mezcla de sentimientos. Quieren decir algo y no saben cómo. Pero comparten un interés común con otras personas y eso es estimulante. Los talleres obedecen a una necesidad social de conocimiento, expresión y encuentro”⁹.

Para Gloria Hernández, quien coordina talleres de escritura desde 2000, la atmósfera de un grupo reunido en un taller “es intensa y personal”¹⁰. La escritora encuentra que los talleres proveen de la necesaria disciplina intelectual y emocional a los potenciales escritores, además de una idea del efecto que puede tener su obra en los demás. Quienes no van a llegar a ser escritores no pierden el tiempo, porque las sesiones del taller complementan su educación, que se vuelve integral, y les ayuda a desarrollar un pensamiento crítico acerca del arte, al tiempo de motivar su apreciación por la escritura a un nivel general. Porque el dominio del lenguaje y la disciplina para escribir pueden adquirirse con voluntad. “El deseo profundo no es garantía de talento pero es su fuerza vital”¹¹. Hernández dice que Marco Antonio Flores seguía un método muy sencillo en sus talleres: leían y comentaban los trabajos entre los alumnos. El coordinador no emitía opinión. “A veces, Flores reflexionaba

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ Esto dice Hernández en una entrevista que le hice vía internet, el 27 de septiembre de 2009. El propósito de la entrevista, que no ha sido publicada, fue conocer sus opiniones acerca de los talleres de escritura en Guatemala. Gloria Hernández es escritora y traductora jurada. Es licenciada en letras por la Universidad de San Carlos y tiene una maestría en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Rafael Landívar, ambas de Guatemala. Estudió literatura inglesa en Inglaterra y ha publicado novelas, cuentos, ensayos y artículos de crítica. Es miembro del Consejo Editorial de la revista *La Ermita* y ha dirigido talleres de escritura creativa en Guatemala, El Salvador, Honduras y Estados Unidos.

¹¹ *Ibidem.*

acerca de la escritura o sobre el hecho poético...”¹². Ella, que participó en algunos de esos talleres, sigue un método más complejo: divide el tiempo del taller en lecciones. “Cada una de ellas referida a una técnica específica de escritura y a la lectura de una obra que utilice esa técnica. Estas lecciones se van sucediendo en orden de dificultad, para que los cuentos que resulten del taller se vayan enriqueciendo paulatinamente. En cada sesión semanal se leen y discuten los cuentos de todos y se comparan con la teoría que les he dado a leer. Ellos mismos reparan en sus errores y se vuelven muy cuidadosos para no repetirlos. Casi sin sentirlo, al final del taller – tres o seis meses después – los alumnos están listos para continuar el ejercicio en solitario”¹³.

Tengo un poco más de tres años de coordinar talleres de escritura y a veces me asalta la duda de si sirven para algo, de si no se trata de una búsqueda inútil, de si contribuyen a la formación de futuros escritores. Una respuesta posible es lo que dice Hernández al respecto: “Las lecturas, las discusiones, los ejercicios, las reflexiones del taller literario aportan a la formación de un escritor. Pero el verdadero trabajo se ejerce en solitario. De madrugada, de tarde, de mañana... acaso sin tener en cuenta la hora del día porque lo único que importa es un párrafo que comunique la emoción con la que se está escribiendo”¹⁴. Escribir, dice Hernández, es un oficio como la ebanistería o la joyería. Requiere de tiempo y trabajo. Coincidimos en eso. De su Taller del Cafecito, que empezó hace unos tres años, han surgido varios libros, algunos ya publicados: una colección de relatos llamada acertadamente *Polifonía* y un libro de cuentos para niños. Ahora están trabajando en la publicación de un nuevo libro de narrativa breve.

Mi experiencia en los talleres ha sido el de un viaje inesperado, a veces placentero, a veces no exento de preocupaciones. Cada persona proviene de un mundo diferente, de ocupaciones diversas, de una manera de pensar heterogénea; traen una idea, a veces vaga, de lo que encontrarán en el taller, o unos intereses puntuales, y siempre la esperanza de hallar respuestas. Para la mayoría, sin embargo, es abrir las hojas de un libro aún no escrito. Claudia

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

Ponce habla de la complicidad que se ha generado entre los compañeros; de cómo se quedó por cerca de tres años porque logró crear unos lazos íntimos y fuertes con la escritura. Para Ana María Jurado, el día del taller es para alimentar su ser interno. La experiencia ha sido un viaje de descubrimiento y de enriquecimiento personal. Su vida, dice, tiene ahora un sentido diferente. Silvia Pérez ha descubierto que el ingrediente más importante es la disciplina. Llegó al taller movida por la curiosidad del proceso de la escritura pero aún tiene la inquietud y la angustia de la página en blanco. En la mayoría de los casos, sin embargo, escribir le da alegría y una ilusión extraordinaria por ver escrita esa primera idea. A Álvaro Montenegro le sugirió su madre que tomara clases para aprender a escribir mejor. Había leído algunos de sus cuentos y sin duda le pareció que el talento no era suficiente. Álvaro dice ahora que ha aprendido sobre técnicas de la narrativa, pero que es más importante saber que los compañeros se toman la literatura tan en serio como él. Ha descubierto que la honestidad es elemental y ha reafirmado su interés en la lectura. El trabajo en el taller le ha enseñado a reconocer y aceptar sus errores, y a crecer a partir de ellos.

Andrea Tunarosa llegó al taller pensando que los participantes serían “tres viejitas además de ella”. Pero descubrió que se trataba de un grupo muy diverso. Había personas de muy diferentes edades y ocupaciones pero que tenían un interés común por la escritura, un interés que resultó ser un lazo más fuerte que pertenecer a una misma generación o a un mismo gremio. Tenía dos años de escribir para una revista de economía y necesitaba de algo más: la posibilidad de escribir ficción. “La satisfacción es infinita – dice Andrea –. Cada cuento bien contado es más gratificante de lo que sería un ascenso en mi lugar de trabajo. Es mi forma de dejar un legado, de estirar la imaginación de los lectores, de ser un testigo de esta era”. Gloria Rossi dice que los talleres le han servido para liberarse del miedo a escribir. Y que la práctica de la escritura y la crítica de los relatos han sido fundamentales para mejorar su técnica. Además le da placer el simple hecho de plasmar en papel lo que crea su mente. Kim Lam escribe una novela y afirma que en el taller aprendió que para ser escritor hay que ser humilde y tener paciencia, además de mucha constancia. Inés Vielman llegó al taller con “una expectativa escuálida de aprender a escribir bien” y ahora sabe que existe una posibilidad real de publicar algo que

valga la pena. Le parece que el enfoque pedagógico del taller ha sido importante porque ha permitido que los participantes descubran por sí mismos “una literatura inteligente, atractiva, lúdica y sensible”; un aprendizaje que los aleja de la mediocridad. El taller “ha sido un espacio para liberar amarras, cambiar paradigmas y develar falacias que nos permiten tener otra perspectiva a la hora de contar historias”.

A Doris Stremms la lectura de sus trabajos le produce una ansiedad como si se viera desnuda. Pero seguirá luchando para corregir sus errores y sus deficiencias literarias. Para Gloria de Tobar la experiencia ha sido satisfactoria aunque sabe que todavía tiene cosas que aprender. Ahora, dice, puede apreciar las historias de grandes cuentistas de todos los tiempos y reconocer algunas características puntuales de las técnicas empleadas. Pedro Samayoa, un discípulo de Asimov, encuentra que el taller le ha proporcionado herramientas valiosas para mejorar su capacidad de expresión. Ha sido, también, un espacio “terapéutico” en donde puede experimentar, desarrollar y mejorar sus habilidades sociales. Se ha sentido satisfecho, contento, orgulloso y frustrado respecto de lo que escribe. Pero le agrada que las críticas, aunque contundentes, sean siempre respetuosas.

Lucía Mendizábal dice que el taller le ha ayudado a ver dónde falla y dónde acierta; a mantenerla con una actitud humilde, a practicar. Pero sobre todo, cree que su estancia en el taller le ayuda a generar ideas. “Me siento estimulada a imaginar, pero sobre todo a no tenerle terror a la crítica y al fracaso. He aprendido que escribo porque lo disfruto...” Byron Ponce, quien ahora trabaja en Afganistán, llevaba años escribiendo crónicas y artículos de opinión cuando llegó al taller, y descubrió que podía escribir ficción. Ahora escribe cuentos pero cree que aún se encuentra en una fase experimental, “probando cosas hasta encontrar poco a poco el tono que mejor vaya con mi visión del mundo, la vida y la literatura”. La curiosidad y el miedo llevó a Ana Godoy por primera vez al taller de escritura. Tenía la curiosidad de saber “si tenía la chispa, el ingenio, el conocimiento o lo que fuera para escribir algo que pudiera gustarle a otras personas”. Tenía el miedo de que le faltara el ánimo para aprender algo nuevo. Y aprendió que quiere escribir sin que importe por qué, para quién o para qué. Escribir es una manera de divertirse.

Como anoté al principio de este artículo, escribir es, sobre todo, una actividad apasionante. Un descubrimiento, una manera de explicar quiénes somos y cómo vemos el mundo. También es una relación de intimidad con las palabras, una batalla con la sintaxis y un viaje en globo por el aire enrarecido de la realidad y la imaginación.

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.2235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-715-2

ISSN: 2035-1496

€ 6,00